

at 10 Mayo 88

F. TRIVIÑO.

LA SANTA ISABEL

SUCESOS DEL 17 AL 25 DE NOVIEMBRE

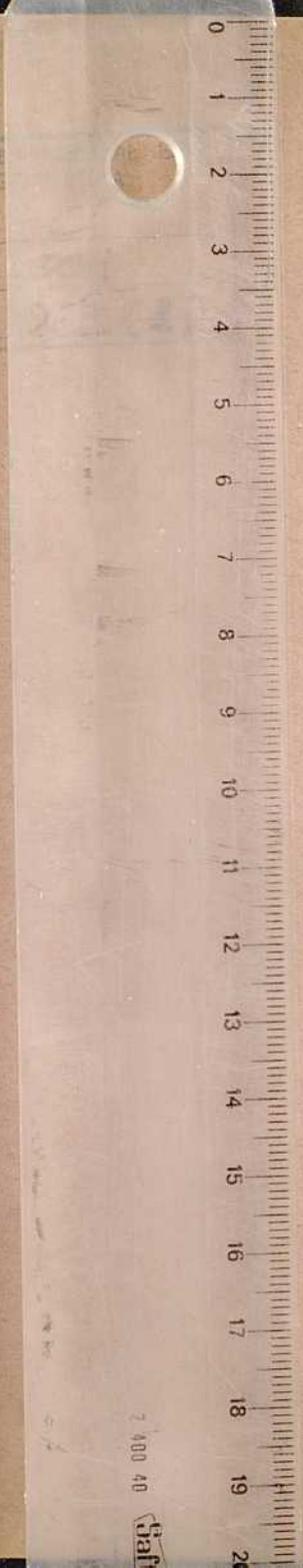
DE 1884.

Precio, 50 céntimos de peseta.

PRIMERA EDICIÓN

Imp. de «El Diario de la Tarde» Santi-Espitu, 30.
GRANADA.

BIBLIOTE
C
Sala: _____
Estante: _____
Número: _____



2 400 40



R. 19409

LA SANTA ISABEL

SUCESOS DEL 17 AL 25 DE NOVIEMBRE DE 1884,

RECOPIADOS POR

FRANCISCO TRIVIÑO VALDÍVIA.

PRIMERA EDICIÓN.



Imp. de «El Diario de la Tarde» Santí-Espíritu, 30.
GRANADA.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Número:

062 (2)

R. 19409

LA SANTA ISABEL

SUCESOS DEL 17 AL 25 DE NOVIEMBRE DE 1884,

RECOPIADOS POR

FRANCISCO TRIVIÑO VALDÍVIA.

PRIMERA EDICIÓN.



Imp. de «El Diario de la Tarde» Santi-Espirito, 50.
GRANADA.

Univ. de Colombia	
GRANADA	
Libro	C
Estante	19
Número	57(2)

Es propiedad del Autor.



LA SANTA ISABEL.

Intentamos narrar los tristes sucesos que un órgano autorizado de la prensa bautiza con este nombre, y nuestro primer deber es protestar con toda la energía de que somos capaces, de los hechos llevados á cabo en nombre de la justicia y de la ley, por los esbirros de la situación conservadora.

Nosotros también hemos sido estudiantes. Aun tenemos cariño á las aulas universitarias, en las que hasta aquí solo se oyó la voz de la razón y de la ciencia; en las que ahora se ha escuchado el grosero insulto del agente de policía; en las que antes brilló el génio y ahora mancha la sangre del indefenso alumno; aún admiramos y respetamos al profesorado español, gloria del suelo que nos vió nacer, á ese profesorado que hasta ayer apareció revestido con la autoridad que presta la ley y que hoy aparece con el triple prestigio del talento, de la ciencia y del cariño de sus discípulos; aún tenemos entre los escolares amigos y recuerdos, afecciones y simpatías; aún po-

demo llamarles compañeros, porque, si no fueron bastantes títulos para ello los expuestos, lo sería el cariño que profesamos á los sagrados principios de independencia universitaria y libertad de la ciencia.

Por eso protestamos con ellos y como ellos; por eso sentimos idéntico dolor, análoga indignación, igual vehemente deseo de reparación ante el cuadro que ofrece el derecho hollado, la dignidad ofendida, el profesor maltratado y preso, el alumno herido y fugitivo, el templo de la ciencia profanado, todo, en fin, roto y maltrecho.

Ya lo ha dicho un periódico.

En Rusia, donde el nihilismo se acoge al sagrado de los claustros universitarios, y allí conspira contra la primera autoridad de la nación; en aquel país, donde la civilización se amortigua en el inmenso desierto de sus llanuras de hielo, el policiáco se detiene en la puerta de la Universidad, y allí espera horas y horas la salida del terrible nihilista que amenaza conmover el mundo con sus destructoras teorías, no osando pisar el hogar de la ilustración y del saber. En nuestra España, en nuestra querida patria, ni aún aquellos que intentaron cubrir con sangre el lodo de sus vicios, y ahogar con ayes el grito de sus conciencias, llevaron su planta al más digno de los recintos.

Los hechos y los nombres cita la prensa de estos días; el primero, el de un digno gobernador de Valencia, que limpiaba la sangre del rostro mientras solo é inerte arengaba y reducía á obediencia á los mismos que acababan de herirle; el segundo, el del señor Aguilera, gobernador el año pasado de Madrid, que antes de penetrar en la Universidad dejó el bastón de borlas, signo de su autoridad, á la puerta del templo de la ciencia.

Qué ha pasado para que los mismos que el año sesenta y cinco increpaban al Gobierno de Gonzalez Bravo por los su-

cesos de San Daniel, ordenen se bata á los estudiantes como á foragidos y criminales? ¿Cómo es que el actual ministro de Fomento, pe mite ayer que los escolares no solo silben ó aplaudan, sino que quemén un tan importante documento como la *Gaceta*, y hoy los deja acuchillar por menor motivo? Cuestiones son estas, que los que vivimos lejos del mar tempestuoso de la política, los que jamás suscribimos documento alguno de partido, los que no tenemos más bandera que la tranquilidad de la conciencia, ni más ambicion que la estimación de los demás, no lograríamos nunca resolver.

Dejando, pues, esto para quien corresponda, y volviendo á hacer constar que la indignación hierve en nuestros pechos, á la vista de los tristes sucesos de estos últimos días, vamos á referirlas á nuestros lectores, procurando ser imparciales en el relato de los hechos.

D. Miguel Morayta, distinguido catedrático en la Facultad de filosofía y letras de la Universidad central, eminente historiador, profundo filósofo, ardiente defensor de la libertad de la ciencia, por cuya causa fué destituido de su cargo en 1865, y arrojado de su cátedra en 1876, era el encargado del discurso que habia de pronunciarse en la solemne sesion de apertura del año académice del 84 al 85.

Para los hombres que se dedican al descubrimiento de la verdad y que tienen un espíritu bastante elevado para des-
enmascararla donde quiera que se encuentre, se han hecho las dificultades y las tropiezos, y el ilustre Morayta, que alcanzó el aplauso de escolares y profesores en el Paraninfo, tropezó con la crítica mordaz de algun que otro periódico enemigo de la luz, y por consiguiente, falto de autoridad y de prestigio ante la opinion y ante la ciencia.

Estos diarios, que con la capa de religion encubren la lucha de bastardas ambiciones, haciendo de las máximas del

Divino Jesús arma política con la que hieren al enemigo en la idea, llevaron sus ecos al recinto de la Iglesia, y el ilustre procesado del 65 fué excomulgado por el Ilmo. Sr. Obispo de Avila y el no menos ilustre Vicario Capitular de Toledo.

Esta excomunion, que el popular periódico *El Globo* califica con frase dura é irónica, valió al caudillo de la libertad de la idea el dia veinte y cuatro de Noviembre, una entusiasfa enhorabuena, firmado por 1.500 alumnos de la Universidad de Barcelona.

Pero no adelantemos los sucesos.

Todo hubiera concluido con la publicacion de unas cartas escritas por D. Miguel Morayta, si el atrevimiento incalificable de un hijo de D. Cándido Necedal, actual jefe en nuestro país del partido carlista, de ese partido que santificó el trabuco, hermanó el traje talar con el correaje de la milicia, y manchó los campos de España con la sangre de millares de hijos y la historia con el llanto de millares de madres, no hubiera provocado la ira de sus compañeros de Universidad.

Necedal (hijo) fué lo bastante osado para presentar una exposicion adhiriéndose al dictámen del Obispo de Avila y del Vicario de Toledo, logrando reunir cincuenta firmas entre los diez mil y pico de alumnos matriculados en la Universidad central.

Un grito de indignacion brotó de los generosos escolares y hasta se dice hubo refriega entre unos y otros. Es lo cierto que un grupo de ellos se avistó con el Sr. Morayta, el que se negó á tomar actitud alguna determinada, en vista de lo que, los estudiantes decidieron reunirse en una clase, no pudiendo verificarlo por negarles permiso para ello el Sr. Rector de la Universidad, D. Francisco de la Pisa Pajares.

Esto decidió á los alumnos á hacer una gran manifestacion el dia siguiente, siendo las tres de la tarde la hora designada para la misma.

Bajo estos auspicios amaneció el día diez y ocho, y desde las primeras horas de la mañana comenzó á circular por la Universidad una protesta en contra de lo hecho por los ultramontanos, protesta que en breve llegó á estar suscrita por mil treinta y tres firmas, llevando á la cabeza las de los estudiósos escolares Labra y Ortiz de Pinedo.

A las tres de la tarde, los estudiantes, en número considerable esperaban en la Universidad y calle ancha de San Bernardo al señor Morayta, al que recibieron en medio de nutridos aplausos, vítores y aclamaciones. El entusiasmo fué inmenso, é inmenso debió de ser el júbilo del ilustrado y digno maestro, al ver en el baluarte de la ilustracion rota la cadena del fanatismo por la libertad de la idea.

Así las cosas y despues que se hubo retirado el Sr. Morayta, los estudiantes se dirigieron en manifestacion á la casa del mismo, pasando antes por la del Sr. Castelar, al que aclamaron con entusiasmo. Despues de esto, llegados casa del profesor ofendido por la insolente osadía de un mal discipulo, el entusiasmo rayó en el delirio, obligando las aclamaciones y las muestras de cariño de los manifestantes, á salir al balcon al catedrático, desde el que saludó afectuosamente á los escolares que desde allí se dirigieron á las redacciones de algunos periódicos, entre ellos las del *Liberal*, *El Imparcial* y *El Globo*, que fueron aclamados tambien.

En todo el trayecto que recorrió la manifestacion, los vivas á la libertad del pensamiento, al profesorado español, á Morayta, á la Universidad y algun que otro viva ante la redaccion del *Globo* á la república, se sucedieron sin interrupcion. Tambien se oyeron algunos mueras dedicados al Ministro de Fomento.

Llegó el día 19 y con los rayos del nuevo sol calló tambien el sable del esbirro sobre la cabeza de los estudiantes. Pero

dejemos que plumas mejor cortadas que la nuestra describan estos sucesos, porque el calor de la indignacion pudiera llevarnos á donde no queremos ir.

Hé aquí como los refiere *El Imparcial*:

Día 19.

Comenzó este día con la detencion de los alumnos señores Ortiz de Pinedo y Labra.

Desde las primeras horas de la mañana fueron reuniéndose en la Universidad estudiantes de todas facultades para pedir la libertad de sus companeros, detenidos en la tarde del día anterior.

La calle de San Bernardo estaba llena de grupos de escolares y curiosos, notándose en varios de estos grupos cierta intranquilidad, porque segun allí se decia, algunos individuos de la policia rondaban desde muy temprano los alrededores, armados de varas y vergajos.

En esta disposicion de ánimos se recibió la noticia de la detencion de los Sres. Pinedo y Labra, que cundió rápidamente por los corrillos, y desde este momento la actitud de los estudiantes ha sido tumultuosa y hostil á los guardias de orden público que la autoridad habia reunido en la puerta de la Universidad. Unos á otros se alentaban en los claustros del edificio pronunciando discursos y lanzando frases entusiastas, mueras á algunas autoridades y vivas á los catedráticos, á la libertad del pensamiento y al Sr. Morayta.

Sin que se sepa á punto cierto lo que ocurrió despues, pues unos lo atribuyen á un choque entre un estudiante y alguno de los sujetos de los vergajos, y otros á una silba que se dirigia á los guardias de orden público, el comandante de la fuerza y dos guardias penetraron en el vestibulo sable en mano, trabándose una lucha con los estudiantes, en la que aquellos fueron desarmados y arrastrados hácia la escalera, completamente invadida por los estudiantes.

La intensidad del tumulto hizo que el Rector, Sr. Pisa Pajares, que se hallaba en su despacho, se presentara en la escalera reclamando el orden, suplicando la asistencia á clase y ofreciéndose á acompañar á algunos alumnos al Gobierno civil para pedir la libertad de sus companeros. Despues bajó

á la puerta y amonestó á los guardias por haber penetrado en la Universidad antes de que él les pidiera auxilio, aconsejando á los estudiantes que depusieran toda actitud tumultuaria y se distribuyeran tranquilamente por su aulas.

El comandante de la fuerza contestó que los estudiantes le habian insultado, y le presentó una vara larga que habia quitado á uno de estos en la refriega, formando después á unos treinta guardias en la acera de la Universidad y de enfrente, y ordenando á otras parejas que disolvieran los grupos.

Á las once se dirigió el rector de la Universidad al gobierno civil para interceder por los escolares detenidos, y momentos después abandonaban estos la calle de San Bernardo en caminándose también hacia el Gobierno.

Cuando el Sr. Pisa conferenciaba con el Sr. Villaverde, un guardia anunció la llegada de los estudiantes al Gobierno, donde querian penetrar á viva fuerza por habérseles cerrado las puertas.

Numerosos inspectores y guardias de orden público se opusieron á ello é intimaron á los estudiantes para que se retiraran, intimación que fué desoída, produciéndose gran alboroto, durante el que una parte de los manifestantes subió al piso principal, á pesar de la resistencia de los guardias, visitando una comisión al señor gobernador, quien les dijo que nada podia hacer en favor de los detenidos, por estar este asunto en poder de los tribunales.

Al mismo tiempo el tumulto seguia en aumento en la calle y los guardias acudieron á las armas, dando lugar á un espectáculo tan triste como lamentable.

Unos escolares resistieron á los guardias, otros se pusieron en fuga; el inspector del distrito del Centro se vió estrechado por un grupo, teniendo que acudir en su auxilio varios guardias, de los que uno recibió varias contusiones.

Como consecuencia del alboroto fueron detenidos cuatro estudiantes más, que ingresaron en la Cárcel Modelo á disposición de los tribunales de justicia.

Hubo varios estudiantes contusos: uno de ellos recibió un sablazo en un hombro, otro en una mano, y un niño de cuatro años, que se hallaba en la calle de Luzón sufrió la



fractura del muslo izquierdo al caer atropellado por los grupos.

Los gritos subversivos, los ¡vivas! y ¡muera! menudeaban á ca la paso, á la vez que se iban subdividiendo los escolares en diversos grupos, algunos de los que llegó hasta la Cárcel Melelo á vitorear á los presos.

Á las cuatro de la tarde volvían á repetirse en la calle de San Bernardo las escenas de la mañana.

Por todas se partes veían parejas de guardias de orden público y muchos individuos de la ronda secreta.

El coronel Oliver llegó también á aquel lugar en el coche del gobernador.

Los estudiantes, en número de 500 á 600, invadían por completo el vestibulo, la escalera y los claustros de la Universidad.

Horas antes, los Sres. Ortiz de Pinedo y Labra habían dirigido una entusiasta carta á sus compañeros.

La proposición de algunos de éstos de dirigirse á las redacciones de *El Siglo Futuro* y de *La Unión* fué unánimemente aceptada.

La manifestación se puso en marcha, atravesando las calles de la Cuesta de Santo Domingo, Jacometrezo, Montera, Jardines, Cedaceros y Sordo, para llegar á la del Turco, donde vive D. Ramón Nocedal, delante de cuya habitación prurumpieron en gritos y muera á los neos y á D. Carlos. Los manifestantes llegarían entonces á 1.000 ó 1.200. De allí se dirigieron á la redacción de *El Globo*, en cuyas puertas, al oirse algunos vivos á la república, fueron dispersados por las fuerzas de orden público que mandaba el coronel Oliver.

Reunidos de nuevo en las inmediaciones del Congreso, donde recogieron gran número de ladrillos de la obra que se está verificando en la Cámara popular, atravesaron las calles del Turco, Alcalá y Barquillo, llegando á la del Almirante, en cuyo número 2 se encuentra la redacción de *El Siglo Futuro*.

El tumulto fué grande. Los que llevaban ladrillos los arrojaron contra las ventanas de la redacción, rompiendo algunos

crisales en medio de mueras á Necedal, á D. Carlos y á los neos.

Á las seis de la tarde los estudiantes fueron á la redacción de *Las Dominicales*, sita en la calle de la Madera Alta, vito-reando á la libertad de enseñanza. Entonces pudo observarse que se habian unido á la manifestacion personas que no parecian escolares.

Algunos de los concurrentes subieron á la redacción de aquel periódico y unos de los redactores de éste, D. Manuel de la Hera salió al balcón en unión de otros tres, oyéndose vivas á la república y á Ruiz Zorrilla.

Oyóse también un muera, al que contestó el capitan de seguridad Sr. Palma con un ¡viva el rey! sacando la espada y acometiendo á la multitud en unión del coronel Sr. Oliver y del alférez Sr. Gonzalez, que eran las tres únicas personas revestidas de autoridad que habia en dicha calle en aquel momento, pues el jefe de seguridad tenia la fuerza reconcentrada en la plaza del Dos de Mayo y otros puntos diferentes.

El tumulto fué indescriptible en aquel momento. Todos echaron á correr hacia todos lados, arrojando capas, sombreros y mantones, y la carrera llegó hasta la calle de la Luna.

Se cerraron los comercios y tiendas inmediatas y muchos portales, en los que se guarecian los miedosos; á todo esto los estudiantes se refugiaban en las casas y salian á los balcones desde los que silbaban y daban vivas y mueras sin orden ni concierto.

Despues de las carreras se disolvió la manifestacion.

Entre tanto eran detenidos en la Redacción de *Las Dominicales* D. Manuel de la Hera, D. Ignacio Toll y D. José y don Adolfo Matarredona, quienes fueron conducidos á la Cárcel Modelo.»

Once personas fueron las detenidas á consecuencia de estos sucesos, encontrándose entre ellos, á más de los señores citados, los señores Morán, Arroyo, Rodriguez Brocher y Rias Ochetegui.

La efervescencia entre los escolares aumentaba cada vez más y todos los periódicos publicaban remitidos suscritos con millares de firmas.

En uno de ellos dirigido á *La Correspondencia de España* se desmentía la interpretación dada por algunos periódicos de que las ideas políticas fueran la causa del alboroto.

En otro los escolares daban las gracias á el Alcaide de la cárcel por las consideraciones que guardaba á los detenidos.

Durante la noche, en el Gobierno civil reinó gran actividad hasta las tres de la madrugada, hora en que se retiró el señor Fernandez Villaverde despues de dictar enérgicas medidas para impedir se repitiesen los hechos del día anterior.

Día 20.

«Todas las versiones concuerdan en que el ánimo de los estudiantes, no poco calmado durante la noche anterior, era en las primeras horas de la mañana de ayer más conforme á temperamentos de prudencia que á la continuacion de los disturbios iniciados la vispera.

La mayoría de los estudiantes se expresaba en un sentido perfectamente legal, y todavía contribuyeron á calmar más y más la agitacion, las noticias recibidas de la Cárcel Modelo, adonde habian ido algunos estudiantes para enterarse del estado de sus compañeros presos.

Con esta calma en el interior de la Universidad contrastaba singularmente, y de una manera no muy provechosa al prestigio de la autoridad, el formidable aparato de fuerza desplegado desde las siete en los alrededores del edificio y en casi toda la calle de San Bernardo.

Fuerzas del cuerpo de órden público y del cuerpo especial de vigilancia tenian como tomadas las salidas de las calles inmediatas.

La puerta de la Universidad estaba tambien custodiada, y no se dejaba estacionar á nadie en el espacio comprendido entre la desembocadura de la calle del Pez y la entrada de la calle del Noviciado.

Otra parte de los agentes, concentrados ayer en número bastante considerable por las inmediaciones de la Universidad, recorría á manera de patrulla un gran espacio de la calle de San Bernardo, dando lugar con todo esto á que los ve-

cinos y traseuntes se llenasen de alarma, como ante los preparativos de una verdadera lucha.

Serian las diez y media de la mañana cuando se presentaron el Gobernador civil y el coronel Sr. Oliver.

Entre tanto varios alumnos de las facultades de derecho y filosofía y letras, que ó no tenían clase á aquellas horas, ó deliberadamente habian dejado de asistir á ellas, desfilaban en pequeños grupos hacia San Carlos, y comenzaba á correr dentro de la Universidad el rumor de que los estudiantes de medicina pensaban reunirse á sus compañeros para continuar las manifestaciones de la víspera, proclamando juntos la independencia del profesorado y la libertad del pensamiento.

Esta última noticia era en el fondo exacta, porque á las once y media desembocó de la plaza de Santo Domingo un grupo numerosísimo de estudiantes, cuatrocientos ó quinientos, según los cálculos más verídicos.

Dicho grupo, que se habia formado en las inmediaciones de San Carlos, subió por la calle de Atocha, deteniéndose algunos minutos frente al ministerio de Fomento para esperar la incorporación de muchos que iban retrasados.

Se nos dice que no hubo allí ningun grito ni expresion subversiva, y que tampoco lo hubo en el resto del camino hasta la plaza de Santo Domingo.

Lo cierto es que aquel numeroso peloton de estudiantes atravesó una porcion considerable del centro de Madrid sin que los agentes de la autoridad interrumpiesen su marcha.

Gritando ó sin gritar llegaron hasta las inmediaciones del ministerio de Gracia y Justicia, hacia donde tambien comenzaron á reconcentrarse las fuerzas de los dos cuerpos de policia.

A la sazón habia en la calle bastantes curiosos, además de los transeuntes ordinarios, que en aquellas horas suelen no ser pocos.

Uno de nuestros colegas de la noche dice que cuando entraron en la calle de San Benardo llegaba á dos mil el número de los estudiantes.

Avisado de la aproximacion de ellos el coronel Oliver, que estaba almorzando con algunos de sus oficiales en un café de

la calle del Pez, salió al encuentro de los que bajaban hácia la Universidad, comenzando por formar junto al Ministerio de Gracia y Justicia un cordon de guardias que impidiese la reunion de aquellos con los que se hallaban en la Central.

Despues de adoptar esta medida, se adelantó hasta la esquina de la calle de la Luna, y allí amonestó repetidamente á los que constituían el grupo para que se disolviesen ó deshicieran su camino.

—No se permite grupos de más de tres personas, refiérese que decia en alta voz.

Los estudiantes alegaron su derecho de recorrer la calle en actitud pacífica.

—Ni pacífica ni tumultuosamente, contestó el coronel Oliver.

En seguida mandó colocar otro cordon frente á la puerta de la Universidad, para evitar la salida de los estudiantes, y dispuso que una parte de las fuerzas que operaban á sus órdenes dispersara el grupo.

Los agentes de la autoridad dicen haber oido entonces gritos subversivos, y los estudiantes niegan haberlos proferido.

Los agentes de órden público cerraron resueltamente con la multitud que ocupaba la calle, sin distinguir entre manifestantes y curiosos, y enardecidos por la actitud de su jefe, no se limitaron á disolver el grupo, sino que emprendieron una verdadera persecucion contra los ya fugitivos.

Prodújose en aquel momento un desorden indescriptible, aunque fácil de imaginar. Transeuntes y curiosos refugiáronse en tiendas y portales, se cerraron algunas de las primeras por temor de que los sucesos adquirieran mayores proporciones, y en pocos instantes quedaron del todo despejadas las cercanías del ministerio de Gracia y Justicia, lo que parece que hubiera debido bastar á los que ayer tenían bajo su cuidado la conservación del órden.

No fué así. Los guardias repartían sablazos á diestro y siniestro, y los estudiantes corrian azorados de un lado á otro, buscando algunos abrigo en las casas abiertas, cuyas escaleras subian hasta los últimos pisos. No pocos rodaron por el suelo á impulso de los golpes, causándose heridas y contusiones graves.

La persecución no se detuvo ni ante las oficinas del Estado, pues hallándose en el portal de la Delegación de Hacienda pública el delegado Sr. Fernandez y Gonzalez, un redactor de *El Correo*, otro de *La Época*, varios empleados de la casa y tal vez alguno ó algunos de los estudiantes perseguidos, penetraron los agentes repartiendo tajos y mandobles, parte de los cuales alcanzó á nuestros dos compañeros en la prensa, que resultaron contusos.

El coronel Oliver ordenó á los que estaban allí que salieran del local, y el mismo delegado de Hacienda fué entonces atropellado por los guardias.

—Después de estas lamentables escenas, á cuya descripción faltan mil pormenores que harían interminable el relato, y que justificarían más y más la reprobación de todos los ánimos imparciales, el representante de la autoridad que hasta entonces había dirigido las operaciones recogió parte de su fuerza y volvió con ella hacia la Universidad.

En la calle de la Luna fueron heridos gravemente en la cabeza dos jóvenes.

Uno de los jefes de orden público intentó llevarlos á la Casa de Socorro, pero ellos se negaron á ir y á dar sus nombres.

El más resuelto de los dos dijo al oficial:

—Yo me llamo Juan Palomo; usted me lo guisa y yo me lo como.

Tan precipitada había sido la fuga de los atacados, que el campo de batalla estaba cubierto de capas, bastones y sombreros.

Cuando alguno caía, caían inmediatamente sobre él otro y otro, hasta formarse montones de seis ú ocho personas.

Mientras tanto el rector, Sr. Pisa Pajares, previendo que pudiera ocurrir en la Universidad algún incidente que hiciera necesaria su intervención, estaba en su despacho desde más temprano que ordinariamente. Habiéndole avisado de que un grupo de estudiantes de la Facultad de Medicina iba en dirección de la Universidad, convocó á los decanos de las facultades, con los que discutía las medidas cuya aplicación pudiera ser prudente, cuando entró en la rectoría un bedel y le dijo:

—Señor rector... Están acuchillando á los estudiantes en los claustros.

En efecto, lo que habia pasado era esto. Los agentes de la autoridad, persiguiendo á los estudiantes, que huían de los sablazos y palos que recibían en lluvia feroz y nutida, no se detuvieron ante el dintel universitario, sagrado á toda violencia y hasta el cual llega la inmunidad del claustro. El gobernador, Sr. Villaverde, subió á conferenciar con el rector, y éste le manifestó que no podía consentir que se hollase un fuero de todos respetado; que aconsejaba á los estudiantes la calma, pero de todas maneras no tenía la autoridad y atribuciones para pisar los claustros, defendido por el artículo 181 del reglamento de la Universidad.

El Sr. Villaverde descendía por la escalera de la Universidad amonestado con duras frases á los estudiantes, cuando algunos de éstos gritaron: «¡Fuera! ¡Aquí no hay más autoridad que la del rector! Entonces el gobernador, con frase enérgica, demasiado enérgica, ordenó á sus delegados que penetrasen en los claustros é hicieran respetar sus órdenes.

En el escándalo de voces y gritos que se produjo, no se puede decir á ciencia cierta si fué el gobernador el que gritó:

—¡A ellos! ¡Y que caiga el que caiga!

El primero que cayó fué un guardia de orden público, vivamente rechazado por los estudiantes. Cincuenta guardias, mandados por el Sr. Oliver, el capitán Palma y el alférez D. Narciso Gonzalez, subieron las escaleras repartiendo sablazos, no ya de plano, sino de filo, hendiendo sombreros y cabezas, con un heroísmo digno de ser empleado en la persecución de los reos de asesinatos y robos, tan frecuentes en Madrid y cuya impunidad suele formar la última línea de los relatos á que dan motivo.

Los estudiantes, huyendo de aquella feroz acometida, subieron la escalera, se refugiaron en las aulas y se replegaron á los últimos corredores, seguidos muy de cerca por los agentes, tan de cerca, que los sables de los agresores caían sobre las espaldas de los fugitivos.

Salieron de la rectoría el Sr. Pisa Pajares y otros catedráticos.

El rector, Sr. Pisa, ordenó al secretario de la Universidad D. Leopoldo Solier, que advirtiese al Sr. Oliver el desafuero que estaba cometiendo; y á las mesuradas frases del secretario contestó el jefe del cuerpo de órden público.

—Aquí no hay rector, ni catedrático, ni Espíritu Santo. No hay nadie más que el gobernador.

El Sr. Pisa Pajares dirigióse entonces al Sr. Oliver, que no daba paz á la mano, y le hizo ver lo abusivo de su conducta. El señor rector de la Universidad Central, los catedráticos Sres. Silvela (D. Luis) Mellado (D. Fernando), Lafuente (D. Vicente), Comas (D. Augusto) y Santa María, todos investidos con la venerable toga, se hallaban en el centro de aquel tumulto. Sus advertencias y sus protestas eran desoídas. Un oficial del cuerpo increpó al Sr. Pisa Pajares, le empujó, le zarandeó brutalmente. Sonaron dos tiros. Aumentó el tumulto. El terror de unos, la furia de otros, el gritar de todos, la conducta de los agentes, que atropellaban togas y fueros, canas ilustres é indefensos niños, constituyeron un conjunto verdaderamente triste, impropio, no ya de aquel edificio, sino de todo paraje donde la civilización y el ministerio de la ley hayan aparecido una vez.

El Sr. Comas quiso hacer notar al Sr. Oliver hasta dónde llegaba el atropello que allí se estaba cometiendo. El jefe de órden público contestó:

—¿No ve Vd. que están asesinando á mis guardias?

A lo que replicó el Sr. Comas:

—Usted se equivoca: los estudiantes no son asesinos.

Inútilmente protestaba también el Sr. Lafuente, que sacando su medalla de catedrático la exhibió como signo merecedor de respecto. Le respondieron que para medallas estaba el tiempo, y viendo el Sr. Lafuente que aquel pedazo de metal, á cuyo esplendor ha consagrado su vida y su talento, no inspiraba sino burlas, le arrojó al suelo, exclaman lo:

—Ya que esta medalla no merece respecto á la autoridad, no sirve de nada.

Para que se vea hasta qué extremo llegó lo arbitrario de aquellas violencias, baste saber que el grupo de alumnos que principalmente recibió los sablazos y los palos fué el que salía de las clases de los Sres. Santa María, Mellado

y Silvela. Aquellos estudiantes no podían haber tomado parte en suceso alguno de los que por tan bárbaro modo se quería castigar, puesto que desde una hora antes estaban en sus aulas escuchando en silencio las explicaciones de sus maestros.

La ceguera y el furor de los que acometían llegó al extremo de que un agente tuvo levantado el sable sobre la cabeza del Sr. Mellado, y desviándole por alguna sublime consideración de benevolencia, pero queriendo aprovechar el viaje, fué á descargarlo sobre el estudiante Sr. Miera, á quien destrozó un ojo.

Las prudentes palabras del Sr. Solier le valieron á algunos empujones, una rociada de insultos y por fin y remate ser conducido al Gobierno civil, don le pasó dos horas.

Como los agentes daban sablazos y los individuos de la policía repartían bastonazos sin cesar, fueron muchos los que sufrieron las consecuencias del ataque. Un estudiante con un brazo roto, otro estudiante con un brazo dislocado y gran número de contusos, salían como podían de la refriega. El aférez González sufrió una contusión en una mano, á consecuencia de un disparo de revólver, según una versión, por efecto de un palo según otra.

La Iberia dice, con referencia á un catedrático, que lo contaba en el salón de conferencia, que debajo de la mesa del decanato de derecho había un charco de sangre, porque habiéndose refugiado allí un grupo de estudiantes, los guardias les pincharon con sus espadas, diciéndoles: «¡Salid, cobardes!»

El rector Sr. Pisa Pajares, creyó desconocida su autoridad y dijo al gobernador que resignaba en él todas sus atribuciones y responsabilidades. El Sr. Villaverde le replicó:

—Eso se hace en el ministerio de Fomento.

Pero no dijo dónde está la autoridad que impide á los gobernadores contravenir las leyes y burlar el sagrado de la inmunidad universitaria.

Dueños del campo los guardias de orden público con la huida de los estudiantes, que fueron saliendo de dos en dos del edificio, unos por la puerta principal y otros por la del jardín, capturados 12 de los jóvenes que más se habían dis-

tinguido en la resistencia, aquello acabó de una manera rápida. Cerráronse las puertas del edificio, la escalera quedó mancha la de sangre, y sobre aquel campo de Agramante quedó reinando en calma y silencio la estatua de Cisneros.

No le habían dado ningún sablazo.

.....

A las tres de la tarde salía del colegio de San Carlos el catedrático de patología quirúrgica, D. Alejandro San Martín, á quien, como de costumbre, precedían, acompañaban y seguían algunos de sus alumnos.

Lo mismo estos que su catedrático solo tenían vaga noticia de lo acontecido por la mañana en la Universidad y sus cercanías, y todos, en actitud pacífica, se encaminaban hácia la plaza de Antón Martín.

Al llegar á la altura de la costanilla de los desamparados, observaron que un numeroso reten de orden público, sablé en mano, se desplegaba para cortarles el paso, mientras con dirección á la puerta de Atocha corrían á la desbandada algunas mujeres, sin duda temerosas de algún desorden.

Ante la inexplicable belicosa actitud de los guardias, algunos estudiantes de los que pacíficamente iban con el Sr. San Martín, se retiraron en distintas direcciones, y otros se refugiaron en los establecimientos más inmediatos al lugar primeramente citado.

Advertido de lo que ocurría, el catedrático Sr. San Martín exhortó á los guardias para que no maltrataran á quienes ninguna demostración hostil habían hecho.

Llegó á poco el coronel Oliver, y creyéndose ofendido en la persona de sus agentes, increpó con tanta dureza al señor San Martín por los supuestos desacatos á los guardias.

Quiso el increpado hacer valer su derecho para impedir que sus alumnos fueran injustamente atropellados, y esta loable conducta del catedrático fué también tomada á desacato por el coronel Oliver, quien no halló otra cosa más procedente que llevar al Sr. San Martín á presencia del gobernador, quien á la sazón se hallaba frente al hospital de San Juan de Dios.

El Sr. Villaverde, tal vez en un raptó de acaloramiento,

desconoció á su antiguo amigo el catedrático de Medicina, y no se dignó escuchar las explicaciones que este le daba sobre lo ocurrido.

De nuevo sonó en los labios de la autoridad la palabra *desacato*, y el gobernador dió la orden de que fuera llevado al Gobierno civil el respetable catedrático y antiguo amigo del señor Villaverde.

A todo esto, los grupos de curiosos iban en aumento, al par que crecía en las autoridades el deseo de emplear las fuerzas contra la gente pacífica é indefensa que solo por mera curiosidad se detenía en la calle.

Mientras se llevaba á cabo la detencion del Sr. San Martín, los guardias desplegaron tal lujo y aparato de fuerza, que algunas gentes corrian para no ser victimas de atropellos.

Siguió á esto el cierre de puertas, y entre la multitud el movimiento de dispersion á que la obligaba la amenazadora actitud de los guardias de orden público.

Uno de estos y un cabo se instalaron con el Sr. San Martín en el coche en que iba á ser conducido este digno catedrático.

Para que el acto de la detencion revistiera todas las proporciones que la autoridad pretendía darle, uno de los guardias se subió en el pescante del coche; el otro se instaló dentro del vehiculo, al lado del detenido. Doble precaucion, digna de mejor empleo, y por todo extremo indiscreta, conveniente tan solo para despertar la atencion del público y servir de pretexto á nuevas manifestaciones.

Escortado en el trayecto por un grupo que fué engrosando, el Sr. San Martín llegó á las puertas del Gobierno civil, por donde á poco entraba el gobernador, Sr. Villaverde.

De la entrevista que los Sres. Villaverde y San Martín celebraron en el despacho de aquella autoridad, sólo sabemos que tuvo por consecuencia la inmediata libertad del catedrático de patologia.»

Pero oigamos como *El Globo* refiere la prision del Sr. San Martín:

«A las dos y media salió de su cátedra el profesor de patologia médica don Alejandro San Martín, acompañado del profesor clinico señor Cervera, y del ayudante señor Ubeda. Al salir dichos señores de San

Carlos, se les reunieron algunos estudiantes de los dispersos, y todos se dirigían hacia la plaza de Anton Martín, cuando en dirección contraria vieron venir al Sr. Villaverde y al Sr. Oliver. Delante del grupo del Sr. San Martín y los alumnos, parece, según nos han referido varios testigos presenciales, que iba un estudiante de bachillerato de poca edad y más bullicioso que agresivo, dando saltos y brincos y algún que otro grito inocente,

Uno de los guardias de los que estaban destacados por toda la calle, tiró del sable y dió tres cintarazos al joven estudiante, el cual, á uno de los golpes, cayó al suelo de boca con un vómito de sangre.

Sea exacto ó no este detalle, al ver el Sr. San Martín cómo golpeaban al estudiante, dijo precisamente en el momento que llegaban al grupo el gobernador y el jefe de orden público: «Esto es horrible; así no se golpea más que en los países bárbaros.»

Al oír estas palabras, el Sr. Villaverde le dijo con gran presopopeya, que su conducta era de rebeldía, pues que salía á la defensa de los revoltosos.

—Yo no consento, Sr. Gobernador, replicó entonces el Sr. San Martín, calificaciones injustas y ofensivas.

—Pues ya lo veremos. Por lo pronto, vaya usted detenido al gobierno civil.

El Sr. San Martín, respetuoso siempre con el principio de autoridad, se dispuso á andar, pero para evitar el espectáculo de ir entre guardias por la calle, rogó que le permitieran tomar un coche.

—Ni coche ni San Coche, le dijo Oliver.

Caminito y andando, pues, se dirigió el Sr. San Martín al gobierno civil, donde penetró, no *motu proprio*, sino empujado violentamente por el Sr. Villaverde.

—¡Oh! prorrumpió indignado el digno profesor. Reniego de la cátedra y reniego de ser español, si España es este desdichado país.

Un compañero nuestro de redacción que acompañó al Sr. San Martín en su tránsito de San Carlos al gobierno civil, recibió un cintarazo en la puerta de este edificio.

El autor de la hazaña fué un guardia anónimo, á quien achuchó Oliver já ellos!

Excusado es decir que en la carrera los Sres. Villaverde y Oliver, y asimismo los guardias, recibieron las mismas pruebas de afecto que en los claustros de la Universidad.

Acompañando al Sr. San Martín los estudiantes de San Carlos llegaron al gobierno civil.



Allí permanecieron largo rato, siendo amonestados repetidas veces por los agentes de orden público.

De un grupo parece que partió un grito de ¡viva la libertad del profesor! ¡Viva el Sr. San Martín! Entonces la fuerza de orden público desenvainando los sables cargó sobre los grupos, diseminándolos y produciendo la consiguiente confusión; resultando herido un estudiante de un sablazo, y un individuo de la ronda, con un arañazo en la cara.»

Volvamos al Imparcial:

«Poco después de las cuatro se reunió un crecido número de estudiantes en la calle Mayor. Los manifestantes deseaban ver al gobernador para pedirle la libertad del Sr. San Martín y de los alumnos detenidos. Pero los agentes no dejaban á nadie detenerse. Hubo violencias y choques de gravedad. Dos jóvenes recibieron sablazos en la cabeza, otros seis fueron detenidos. Produjéronse carreras, cerráronse las tiendas y las puertas de muchas casas.

En la calle del Luzón se repitieron ayer los sucesos que anteaer dieron motivo á sustos, carreras y contusiones. En una de las acometidas que dieron los guardias á los grupos de estudiantes y de pacíficos transeúntes, un agente de la autoridad acertó á coger á un niño como de doce años de edad, que, con lo violento de la acometida, cayó á tierra. El agente, con una crueldad que apenas explicaría la vehemencia de un encuentro con un adversario armado y temible puso un pie encima al niño y le descargó varios sablazos, infiriéndole algunas heridas. El hecho produjo la indignación consiguiente entre todos los que le presenciaron. El niño se refugió en un portal y después se alejó todo lo de prisa que le permitía su estado.»

Hasta aquí lo que hemos copiado de los periódicos.

Las dimensiones que nos hemos propuesto dar á esta publicación y el encontrarse los hechos que sucedieron á los narrados, consignados más bien en sueltos que en verdaderos artículos descriptivos, nos obliga, si hemos de ser breves y metódicos, á coger de nuevo la pluma y referir por nuestra cuenta los sucesos restantes, lo que procuraremos hacer con la mayor claridad posible.

El allanamiento de la Universidad y la prisión del Secretario de la misma, los desmanes cometidos con los catedráticos, los actos de ferocidad realizados por los corchetes, indignaron de tal modo al ilustrado Catedrático y dignísimo Rector de la Universidad Central, Señor Pisa y Pajares, que acto seguido se personó en el Ministerio de Fomento y con frase dura y digna manifestó al Sr. Pidal lo acaecido en el hasta entonces vedado recinto para la fuerza bruta.

El Sr. Ministro de Fomento escuchó al Sr. Pisa con frialdad glacial, y este presentó la dimisión.

Todos estos hechos llevaron una gran parte del pueblo madrileño á la Puerta del Sol, que á las tres y media de la tarde estaba ocupada por un gentío inmenso. Ni un silbido, ni un grito, ni una amenaza, se escuchó en toda ella. Únicamente cuando pasaba algun policia al lado de la multitud, esta le miraba en silencio. A las cinco de la tarde llegó el gobernador y mandó á los guardias que le acompañaban que disolvieran los grupos, lo que no pudieron conseguir hasta las ocho de la noche, hora en que la Puerta del Sol recobró su estado normal.

En este dia los heridos y contusos fueron muchos, encontrándose entre ellos los estudiantes señores Miera, herido gravemente en la cabeza, lo mismo que el Sr. Rovira Muñoz, herido en un brazo; Brochero con un brazo roto, y con heridas menos graves D. Felipe Saez, D. José Montalvan, D. Manuel Rodriguez, D. Ricardo Alonso y otros varios; tambien fueron apaleados los Sres. Cárdenas y Flores, redactores respectivamente de *La Epoca* y de *El Correo*, y el Sr. Lopez Campello, redactor de *El Globo*.

Con tal y tanto coraje embestian los esbirros á las fugitivas masas, que uno de ellos, despues de ver caido á un jóven, casi un niño, continuó dándole golpes sin misericordia, sin detenerle los gritos desgarradores del muchacho.

Un vecino de la casa de enfrente comenzó á increparle llamándole ¡bruto! ¡animal! lo que logró contener la ira de aquel energúmeno y á un estudiante casi niño, le persiguió un guardia dándole sablazos en las piernas.

A otro, á quien tenían sujeto de los brazos, diéronle golpes hasta hacerle perder el sentido.

Esto y lo anterior fué en la calle Ancha.

Tan grande fué el número de los detenidos, que solo en la Puerta del Sol se hicieron 67 prisiones, no solo de estudiantes, sino de toda clase de personas indistintamente.

Con profunda indignacion fué acogida al dia siguiente por escolares y profesores la noticia del nombramiento del señor Creus para el cargo de rector de la Universidad.

Este catedrático, del que *El Globo* dice «moderado de Narvaez primero, luego carlista, beato, enemigo de todo lo que brilla, mal querido de sus discipulos por su génio desigual y duro, enemistado con sus compañeros por sus pretensiones...» tuvo la osadía de aceptar el nombramiento de un cargo que el dia antes había sido hollado por los agentes de la autoridad; en la persona del respetable y querido profesor don Francisco de la Pisa y Pajares.

Citóse sigilosamente al Consejo universitario, para la toma de posesion del nuevo rector, que fué seguido de la dimision de los decanos señores Comas y Garagarza, los que dijeron no podian seguir desempeñando un cargo que hasta entonces les habia honrado. Acto seguido pidieron los alli presentes la reunion inmediata del Claustro universitario, á cuya peticion no accedió el Sr. Creus, fundándose en que no podia hacerlo sin prévio permiso del Gobierno.

Durante el acto, los alumnos leyeron á la puerta misma de la rectoral, una protesta contra el Sr. Creus, y una exposicion dirigida al Gobierno, en la que se pedia la reposicion de

don Francisco de la Pisa y Pajares, cuyos documentos estaban suscritos á las pocas horas por ocho mil y pico de firmas. Inútil es decir que su lectura fué acogida con una salva estrepitosa de aplausos, de vivas á Pisa y de mueras á Creus. Despues de la toma de posesion, el nuevo rector quedó completamente solo en su departamento, al que llegaban los gritos, los mueras y los silbidos con que los escolares saludaban á su nuevo jefe, que dispuso en vista de esto y de la decision adoptada por los alumnos, de no asistir á las clases, se suspendiesen estas y se cerrase la Universidad hasta nueva órden, lo que se verificó pocos momentos despues, gracias á las amonestaciones del Sr. Fernandez y Gonzalez, que recorrió las galerías en medio del tumulto y del alboroto. El nuevo rector abandonó la Universidad acompañado de los bedeles, por la puerta del jardin, temeroso de que la justa indignacion de los estudiantes motivara algun desman en contra de su persona.

Mientras tanto en el anfiteatro del colegio de Medicina se celebraba una reunion, á la que asistieron tres ó cuatro mil alumnos de dicha Facultad y de la de Farmacia, reunion presidida por varios auxiliares y catedráticos, entre los que se contaban los señores Magaz, Oloriz, Santero (hijo) Calleja y Santana. Estos excitaron á los alumnos á que perdonasen á los autores del derramamiento de sangre, y les prometieron que el claustro pediría cuentas á quien correspondiese del ultraje recibido, siendo entusiastamente aplaudidos y vitoreados despues de lo que, los escolares se retiraron con gran órden.

A la hora de la cátedra del Sr. San Martin un numerosísimo grupo de alumnos le recibió con aplausos, aclamaciones, y protestas de cariño, justísima recompensa de la honrosa conducta observada por el digno catedrático el dia anterior.

A todo esto gran número de alumnos y profesores acudie-

ron casa del Sr. Pisa para felicitarle por su conducta, y el que dia antes fué maltratado por lo polizontes en el mismo sitio donde su autoridad debiera ostentar mayor prestigio, el que defendió con su cuerpo á costa de empellones y malas palabras á los fugitivo escolares; el que intentó en vano, fundándose en la ley, imponer su derecho á ser respetado en el recinto de la verdad y de la ciencia; el que protegió al herido, amparó al debil, recriminó al fuerte y demostró en los más triste momentos por que ha pasado la clase escolar, que á su profunda erudicion y gran sabiduria van unidas, una entereza de carácter y una serenidad á toda prueba, obtuvo en recompensa de su conducta una entusiasta ovación y un triunfo que le ha cubierto de gloria.

¡Qué extraño contraste! al lado del que sube, la silba que averguenza, el grito de indignación, la frialdad del compañero, ni una frase de enhorabuena, ni una nota de simpatía; al lado del que baja, la mano del amigo, el carino del comprofesor, la adhesión del discípulo, el aplauso de todos. Y es que el Ilustrisimo Sr. D. Francisco de la Pisa Pajares era más grande bajando, que don Juan Creus engrandeciéndose. Nosotros no solo á él sino á todos los que intentan oponerse á la obra del sálle el dia 20, les enviamos nuestro humilde saludo, pequeño si, pero sin precio, si se valora por lo sincero y leal.

Los profesores reunidos casa del Sr. Pisa, acordaron elevar una solicitud al Sr. Creus en demanda de la reunion ya pedida.

Hé aquí el párrafo principal del documento:

«En atención—dicen—á las circunstancias por que atraviesa la Universidad, los que suscriben, catedráticos de la misma, suplican al Excelentisimo Sr. Rector se sirva convocar al Claustro de profesores para acordar lo más conveniente á los intereses de la corporación. Madrid 21 Noviembre 1884.»

Agustin Monreal, Antonio Orio, Melchor Salvá, Vicente Santa Maria,

Eduardo León, Manuel M. J. de Galdo, Máximo Robles, Gumersindo Azcárate, Segismundo Moret, N. Piernas, J. Pastor, Anacleto Longué, Mariano Viscasillas, Fernando Mellado, J. Conde y Luque, Augusto Comas.

A todo esto en las primeras horas de la mañana se había fijado un bando en los sitios de costumbre por orden del señor Gobernador, en el que se daba cuenta de hallarse encargada la policía de disolver los grupos con intimaciones, ó por la fuerza, según lo exigieran las circunstancias.

Habia policía en todas partes, pero especialmente la casa del Sr. Pisa se hallaba verdaderamente bloqueada por agentes de la misma que tenían la consigna de no permitir se parase nadie en aquel sitio, para impedir cualquier manifestación de simpatía que los escolares pudieron hácer hácia su digno ex-jefe.

Todo iba bien, pero como á eso de las tres y media, los mismos que acababan de vitorear al Sr. San Martín bajasen por la calle del Prado después de haber pasado por la de Matute, en la que aclamaron á *El Imparcial*; con la intención de hacer igual manifestación de simpatía delante de la casa donde tiene establecida su redacción *El Globo*, unos cuarenta agentes de la policía preparados al efecto en la plaza de las Cortes, cayeron sable en mano y furiosamente sobre ellos, poniéndolos en precipitada huida.

Al pasar los fugitivos por delante del Ateneo, centro al que habían dado vivas no hacía aún dos minutos, varios socios que se hallaban á la puerta les ofrecieron refugio, y una avalancha de estudiantes, doscientos, al decir de algún periódico, inundó el vestíbulo y la escalinata de aquel recinto hospitalario. Cuando los corchetes que iban á su alcance llegaron á la verja del mismo, la encontraron cerrada, y en su bélico ardimento metieron ya el revolver, ya el sable

por entre los hierros coreado todo esto con interjecciones y palabras de mal gusto.

Los estudiantes entre tanto habian sido llevados al interior del edificio, y cuando hubieron recobrado la calma y el sosiego, notaron que entre ellos habia algunos rostros desconocidos.

—¡Policia secreta, policia secreta!—dijeron veinte voces á un tiempo.

—Somos estudiantes—replicaron los dos individuos aludidos.

—¿De qué año y de qué curso?

—De primero de Derecho.

—Veamos, pues—dijo adelantándose un adolescente de catorce años más acreedor á caricias que á palos por su juventud y locuacidad,—¿pudieran ustedes explicarme lo que es restitucion *ad integrum*?

Los policias en vez de responder tomaron las escaleras como alma que lleva el Diablo, y dos segundos despues se hallaban en la puerta reunidos á sus compañeros, que habian puesto sitio al Ateneo, decididos á no dejar escapar la caza que su buena suerte les deparaba.

En vista de esto y de que Oliver se habia hecho de una lista de socios, en la que confrontaba los nombres de los que entraban y salian, decidieron los señores Moret, Nuñez de Arce y el P. Sanchez, individuos que componian la comision nombrada por los ateneistas, capitular con los sitiadores, que juraban y perjuraban á la puerta no habia de salir de allí un escolar sino para ir á la cárcel.

Los primeros recados con que la comision honró al señor Villaverde, merecieron la repuesta de que Oliver tenia instrucciones, por lo que decidió la comision avistarse con el señor ministro de la Gobernacion, en cuyo despacho encon-

traron al Gobernador, no obteniendo ni del uno ni del otro resultado alguno satisfactorio.

Volvieron al Ateneo y ya se trataba de proveerse de municiones de boca cuando se presentó á la puerta el gobernador, teniendo para pasar que alegar sus derechos de socio y dejar en manos del portero el baston de mando que este le exigió, exponiendo las razones que tenia para ello. Una vez dentro manifestó á los socios que el objeto que se llevaba al tener prisioneros á los alumnos era dejarles sin comer, castigo que hizo reir grandemente á socios y presos. Despues se retiró y retiró tambien al ejército sitiador que debió volver fatigado á sus cuarteles despues de tan *tremenda desigual batalla y cerco*.

A las ocho de la noche comenzaron á salir los escolares en grupos de dos ó tres, que eran acompañados por los señores ex-ministros Moret, Carvajal y Nuñez de Arce.

Así concluyó el sitio del Ateneo.

Durante el dia, las prisiones de estudiantes llegaron á unas doscientas. En la calle del Prado intentaron prender al Duque de Tamames, á un redactor de *El Dia* y á un individuo del cuerpo diplomático extranjero. A la policia se le antojaban los dedos huéspedes, y el que le parecia más feo ó más bonito era sacudido con el sable ó conducido á prision.

Los estudiantes señores Moran, Brochero y Diaz, fueron puestos en libertad, como tambien el Administrador de *Las Dominicales*, y los Sres. Ortiz de Pinedo y Labra, aunque estos últimos bajo la fianza de mil pesetas, exigencia que dió margen á la siguiente carta, en la que revela su autor una nobleza de alma digna del aplauso y de la admiracion de los demás. Nosotros damos en nombre de los que fueron nuestros compañeros, las gracias al Sr. Calzado, por su generoso ofrecimiento, y le ofrecemos nuestra gratitud y humilde amistad.

Hé aquí el contexto de la carta:

«Noviembre 21 de 1864.

Ilmo. Sr. Rector de la Universidad Central.

Muy señor mío: Como padre de un estudiante de esa Universidad atropellado, como liberal muy templado y muy de orden, pero muy liberal, y como español avergonzado del espectáculo que estamos dando á las naciones cultas, sabiendo que para la excarcelacion de cada uno de los estudiantes detenidos se exige la cantidad de 1.000 pesetas, y que muchos de estos no pueden prestarla por tener sus padres ausentes ó por carecer de los recursos necesarios para ello, me cabe la alta honra de ofrecerme á los detenidos, para suplir la ausencia de los primeros y la falta de los segundos, y á este fin pongo á la disposicion de usia 50.000 pesetas, y si fuera necesario, ante el juez instructor y ante los interesados mismos, del modo que V. S. crea más eficaz al resultado que deseo.

Aprovecho esta ocasion para ofrecerme de V. S. atento s. s. q. b. s. m.

ADOLFO CALZADO.»

Además de este documento se publicaron otros suscritos por millares de estudiantes, en los que protestaban del atropello de que habian sido víctimas algunos individuos del Claustro universitario de la invasion de la Universidad por las fuerzas de orden público, de la prision del digno secretario de la misma y de la del sabio y querido catedrático de Medicina Sr. San Martin.

En este dia fueron denunciados los periódicos *El Progreso* y *La Iberia*, habiéndolo sido el dia anterior *El Liberal*, todos por defender la causa de los escolares. Desde las primeras horas del dia siguiente al en que se verificaron los sucesos que acabamos de narrar, la fuerza de orden público ocupó la Universidad y el Colegio de San Carlos, y las más concurridas calles de la coronada villa.

No hemos de juzgar nosotros este acto del Sr. Creus, que convirtió el primero de nuestros centros de enseñanza, en cuartel de la policia; baste conocer los efectos que produjo

en el ánimo de alumnos y profesores. El pundonoroso catedrático de Derecho político Sr. Santa María, no pudo por menos de llorar de ira y pena al mirar los claustros donde no resonó nunca nada más que la voz de la razón y de la ciencia, sujeto á la razón del sable y á la ciencia del fuerte.

El Sr. Camus dirigió la palabra muy conmovido á sus alumnos, exhortándoles á la prudencia para que no fueran *carne policia*; en San Carlos, la guardia ocupó no solo el colegio de Medicina, si que tambien el hospital clínico, lo que promovió un fuerte altercado, entre el auxiliar Sr. Garcia Andrada, que en aquel momento representaba al Director señor Letamendi, y el oficial de la guardia que ocupaba el edificio. Una comision de hermanas, de la Caridad de aquel Establecimiento, fué á visitar al Sr. Letamendi, para que interpusiera su influencia, en evitación del cuadro que ofrecian las enfermerías, guardadas por los polizontes; los alumnos internos del mismo establecimiento pusieron su dimisión en manos del Sr. Letamendi, que no las aceptó; y hasta el mismo Magaz y Jaime, que habia mandado fijar en el tablon de anuncios del Colegio de San Carlos, una alocución en la que se hacia solidario de la conlucta observada por el Sr. Creus, oyó frases duras de boca de sus compañeros, por no haber permitido la ocupación, por la fuerza armada, del edificio. Esta fué la impresión que en alumnos y profesores produjo la medida adoptada por el que, no teniendo ni la tranquilidad de conciencia que presta al hombre el hecho de una buena acción, ni el cariño del compañero, ni el respeto del discípulo, aceptó un cargo en el que habia de sostenerse con el auxilio de una legion de polizontes. Negada por el Rector la reunion del claustro que solicitaban algunos catedráticos, estos decidieron nombrar una comision presidida por el Sr. Comas, ex-decano de la facultad de derecho, cuya

estuviesen preparados á suplir á los profesores, y se dijo que en el ministerio de Fomento se hacia una plantilla de catedráticos y auxiliares que se nombrarian por Real órden; se habló mucho tambien del fallecimiento de los Sres. Miera y Esquer, cuya noticia no resultó cierta felizmente, y escolares y profesores tuvieron varias reuniones, en la que se tomaron diferentes acuerdos, siendo aceptada por unanimidad entre los primeros la proposicion de no asistir á clase mientras no recibieran satisfaccion cumplida y no fuera repuesto el señor Pisa, y en cambio los segundo decidieron reclamar por el camino legal.

Llegó el lunes, y lo que no consiguieron Villaverde y Oíver, llenando de estudiantes las prevenciones y de heridos las casas de socorro, la persuasiva y cariñosa voz de los profesores y el respeto hacia estos del discipulo, lo alcanzaron. Este hecho, está diciendo de una manera concluyente, que los medios empleados por los secuaces del ministro Cánovas, fueron tan inoportunos como arbitrarios, que si en vez de la carga bruta se hubiera hecho oír el consejo, el pueblo de Madrid no hubiera sido testigo del espectáculo que presenció.

Los estudiantes habian tomado el acuerdo de no asistir á clase hasta que los profesores y ellos recibieran cumplida satisfaccion de los agravios recibidos, los estudiantes, en número considerable, llenaron la Universidad desde las primeras horas de la mañana, decididos á realizar su acuerdo, y sin embargo cedieron ante la elocuencia persuasiva de Moret, ante el llanto de Comas, ante el consejo de Galdo, que allí en el Paraninfo, en el mismo sitio que cuando el sable les achuchaba ¡á clase! ellos respondian ¡no se entra! lograron del cariño y del respeto, lo que jamás hubieran logrado de la fuerza. Allí mismo los discipulos delegaron en los maestros todos sus derechos, y allí mismo nombráronse dos comisiones una

de profesores para que pasara á San Carlos en demanda de asistencia, lo qué verificó en medio del aplauso de los estudiantes de medicina que ya habian obedecido á sus maestros que les llamaban á las cátedras, y otra de discípulos que se entenderia en todo con los profesores desde aquel momento.

Con fecha 24 elevóse una exposicion al ministro de Fomento, suscrita por los Sres. Catedráticos Monreal, Longué, Orio, Sanchez Román, San Martín, Moret, Santamaria, Garagarza, Sanchez Meguel, Silvela, Conde y Luque, Piernas, Azcárate, Salvá, Montejo, Giner, Comas, Castro, Letamendi, Calleja, Oloriz, Valle, Busto, Santero, Yañez, Encinas, Santana, Puerta, Mellado, Ruiz de Salazar, Pastor Robles, Muñoz, Serrano, Gomez, Maisterra; Viscasillas, Rodriguez Carracido, Rico, Sinovas, León, Machado y Núñez, Bolivar, Valdés, Rubio, Juste Ruiz Chamorro, Serrano Fatigati, Paz Graells, Torres Aguilar, Galdo, Vilanova y Piera, Riaño, Abela, Sainz de Andino Lopez Besical, Serrano y Arroyo, Merelo y en la que se acusaba, fundándose en los del código penal, á Villaverde y á su gente de varios delitos, y se solicitaba, la reunion del claustro hasta entonces nó concedida. Esta exposicion, que llegó á estar suscrita por 90 catedráticos, fué delegada en todas sus partes por el Ministro de Fomento, excepcion hecha de lo relativo á la formacion de un expediente gubernativo. (1)

Varios catedráticos, firmaron una contra-protesta, siendo la primera firma la del mismo que aceptó el cargo de rector de la Universidad Central, y creemos inútil añadir que los que le acompañaban eran de hombres intinamente ligados á la política conservadora. El resultado inmediato de este acto, fué el que los escolares decidiieran no asistir á las clases de los que nó defendieron sus derechos y los de sus compañeros.

(1) Esta determinacion del señor ministro de Fomento, motivó dos dias más tarde el abandono de las clases por parte de los escolares.

Cuando la prensa liberal llevó á provincias las noticias de los hechos que llevamos reseñados, un grito de generosa indignacion escapó del pecho de todos los alumnos de nuestros centros de enseñanza: en Zaragoza, en Salamanca, en Barcelona, en Sevilla, en Cadiz, en Oviedo, en Valencia, en todas partes halló eco el lamento del herido, y apoyó la causa del débil, digna no solo por lo justa, sino que también por lo débil de sus defensores; en todas partes los escolares felicitaron á Morayta, en todas se oyeron mueras á Nocedal, y vivas á la libertad de la ciencia, en todas protestaron de los incalificables sucesos de Madrid, en todas lloraron el atropello de un derecho, en todas ardieron la cólera y el justo deseo de una reparacion, y el inmenso clamoreo que vivas y mueras, protestas y lágrimas, indignacion y cólera levantaron, es la mejor critica de los hechos narrados. Los escolares de Madrid pueden estar satisfechos de sus compañeros de provincias, porque con ellos protestaron y á ellos se unieron en la lucha librada entre el fanatismo y el libre pensamiento; los claustros universitarios pueden ostentar entre los blasones de su ciencia el del cariño y respecto de los alumnos, porque aclamados y respetados fueron por ellos en los momentos más difíciles de la historia del profesorado; los alumnos pueden dormir tranquilos bajo el amparo de sus maestros, y España, nuestra querida patria, la patria de los que lucharon en Covadonga, en las Navas, en Clavijo, en Santafé, en Lepanto, en San Quintín, Bailén, en Gerona, en Zaragoza, en todo el mundo, puede estar orgullosa de tener por hijos á hombres tan ilustres y tan amantes de la justicia, como los Pisas, los San Martín, los Mellado, los Lafuente, los Silvela y otros muchos que con ellos forman el honroso cuadro de nuestro saber y de nuestra ilustracion.

Granada, el edem de huries y el Paraiso del arte, la predilecta de Nazarés y sultanas, la ciudad de las flores y las bri-

sas, el recinto del amor y la belleza, también respondió al unánime clamor de nuestros templos de cultura. Los estudiantes de su Universidad nombraron una comisión compuesta de los Sres. García Sánchez, Lasala, Galvez, Olalla, Deguetau, Salmeron, Gonzalez Segovia, Herrera Cepero, Caro Martínez y Fernandez Jimenez; y esta comisión, con un acierto que honra á sus miembros, lo organizó todo por el camino del orden, evitó el tumulto que siempre acompaña á las manifestaciones juveniles, tuvo, en una palabra, el suficiente buen criterio para evitar un día de luto á la población.

Y qué hemos de decir del claustro universitario, que prestó su apoyo, salvo alguna que otra ligerísima excepción, á los estudiantes de Granada? Si el aplauso de esta no fuera bastante, si la prensa de la capital no hubiera dicho ya lo suficiente, nosotros nos atreveríamos á dar las gracias y el parabien al Claustro en general, y en particular á su digno rector, Ilmo. Sr. D. Santiago Lopez Argüeta, á ese venerable anciano que fué nuestro maestro y que es más anciano por su ciencia que por sus muchos años.»

Reseñaremos, aunque sea muy á la ligera (pues no permite otra cosa el espacio de que disponemos) la manifestación que tuvo lugar el día 24. (1)

Reunidos en la Universidad á las once de la mañana los estudiantes en número de unos mil seiscientos, aprobaron por unanimidad la proposición siguiente, presentada por los individuos de la comisión:

«1.º Firmar una protesta de adhesión de los hechos llevados á cabo por sus compañeros de la central, contra los atropellos inicuos de que habían sido víctimas profesores y alumnos por parte de los esbirros del Gobierno, significando tam-

(1) En honor á la verdad, hemos suprimido la descripción de otras manifestaciones que tuvieron lugar antes de la que reseñamos.

bien en ella su profundo sentimiento por la dimision aceptada del Sr. D. Francisco de la Pisa y Pajares, y el firme propósito de que sea repuesto en su cargo.—2.º Que en todo lo relativo á tan grave asunto, estar atenedos á la conducta, siempre noble, de los referidos compañeros en pró de la dignidad del Profesorado español y del decoro de la clase escolar.—3.º Estar constantemente constituidos en la Universidad, para que sin dilacion se tómen las resoluciones convenientes.» (1)

Despues de este acto, los escolares abandonaron la Universidad, y en grandiosa manifestacion se dirigieron al Gobierno civil, á cuya puerta dieron entusiastas vivas á la libertad del profesorado, á la dignidad de la cátedra y á las Universidades de Granada y Madrid.

Injustos seríamos si no tributáramos nuestro aplauso al digno gobernador de esta provincia, Excmo. Sr. D. José María Jaudénes, que evitando con tan noble conducta un dia de luto á la ciudad que gobierna, dejó á los manifestantes seguir su camino; D. José María Jaudénes mereció bien de la clase escolar, y ella y nosotros agradecemos en lo que vale la actitud de la primera autoridad civil de la provincia.

Desde el Gobierno civil se dirigieron á las casas de los decanos de Medicina, Farmacia, Ciencias, Derecho y Filosofia, señores Castillo Lechaga, Hinojosa, Figares, del Amo y Cuento, que recibieron cariñosamente á los alumnos, lo que era de esperar de estos dignos profesores.

Tambien visitaron al senador del reino y catedrático de esta Universidad, D. Nicolás de Paso y Delgado, y vitorearon á cuantos catedráticos encontraron en su camino, reinando en todo el trayecto el orden más completo. Unicamente frente al palacio de Justicia, un grupo propuso ir á la calle donde *La*

(1) Anterior y posterior á este documento se publicaron varias protestas y adhesiones, cuyo espíritu es el mismo que hemos trascrito.

Lealtad tiene su redaccion, á quemar un número de dicho periódico, cuya actitud no era muy conforme con la de los escolares, pero las palabras del Sr. García Sánchez lograron disuadir de su intento á los revoltosos.

Tornaron por fin á la Universidad, donde fueron recibidos por el Sr. Lopez Argüeta, que fué entusiastamente vitoreado, despues de lo que, el Presidente de la comision habló en estos términos á sus compañeros:

«Por fin llegamos á nuestro asilo, á la augusta Universidad, sin que en el largo trayecto de nuestra manifestacion se haya turbado en lo más mínimo el orden y la prudencia, que son nuestro lema. Interpretando los sentimientos de la comision que me ha honrado con su presidencia, tengo que en careceros nuestra profunda gratitud, por haber coadyuvado con vuestra moderacion y cordura al próspero resultado de un acto que tanto honra á la clase escolar y á la Universidad, nuestra madre en la ciencia. Ni un incidente que lamentar, ni una frase que haya merecido correccion, pues si en un momento de arrebató brotó de alguien quizá unas ideas contrarias á los principios eternos de justicia y libertad que tenemos escritos en nuestras conciencias, luego al punto la habeis rechazado, volviendo toda nuestra voluntad y todo nuestro intento, á la noble causa que defendemos. Ya lo veis, el claustro universitario nos enaltece con su confianza, nuestros profesores nos alientan con sus palabras de concordia al par que lamentan con nosotros la inquietud y el indigno arbitraje; correspondamos á aquella con nobleza, convencidos de que debemos dar ejemplo de prudencia á los que hieren á nuestros compañeros inermes.

Así triunfaremos, así nos honraremos, así seremos afectísimos hijos de nuestra desventurada patria.

Loor á nuestros compañeros encarcelados y heridos. Ellos saben que estamos con ellos, que arrastraremos sus mismos

peligros, si preciso fuere, que sus quejas y sus ayes de dolor repercuten con eco tristísimo en nuestros corazones.»

Un aplauso unánime respondió á las palabras que llevamos trascritas, y la manifestacion quedó disuelta.

Cuando la prensa trajo á Granada la noticia de que los alumnos de la Universidad central habian resignado en sus maestros todos sus poderes y volvian á escuchar las explicaciones de los mismos, los estudiantes de Granada volvieron á las aulas lo mismo que los de todas las Universidades de España.

Así terminó *La Santa Isabel*; pero, decimos mal, *La Santa Isabel* no ha terminado: muy pronto en el Congreso y en el Senado, la cuestion volverá á agitarse y el Gobierno tendrá que dar cuenta estrecha de sus actos á los representantes de la nacion.

Mientras tanto, nosotros, con todos aquellos que comprendan el respeto y la consideracion que merece el elemento ilustrado español, con todos los que deploren, como deploramos, los tristes sucesos que hemos señalado, con todos los que sientan en su pecho el grito que demanda justicia, cuyos ecos llegaron hasta el rincon del hogar donde lloró la madre pensando en la prenda de su amor, gritaremos llenos de entusiasmo: ¡Viva la libertad de la ciencia! ¡Vivan los profesores dignos! ¡Vivan los fueros universitarios!

